

Al cumplirse veinte años de la desaparición física de Sara de Ibañez, hemos querido recordarla cubriendo un vacío editorial: publicar una antología lo más amplia y abarcadora posible, aunque como en toda selección de esta índole, es imposible separar la preferencia personal del consenso general.

Jorge Arbeleche

Esta obra, junto con el *César Vallejo* del Prof. Juan Francisco Costa, constituyen el primer paso de Editorial SIGNOS para entregar a docentes, estudiantes y lectores en general, materiales de profunda elaboración que permitan el acercamiento a los más importantes creadores.

Sara de Ibañez - Estudio Crítico y Antología de Graciela Mántaras y Jorge Arbeleche - Ensayos 3

SARA de IBAÑEZ

Estudio Crítico y Antología
de
Graciela Mántaras y Jorge Arbeleche

Apoyo a la Enseñanza

Editorial SIGNOS
Instituto Nacional del Libro
1991

SARA
de
IBAÑEZ

Estudio Crítico y Antología
de
Graciela Mántaras y Jorge Arbeleche

Apoyo a la Enseñanza

Copyright: Editorial SIGNOS
Auspiciado por Instituto Nacional del Libro
1a. Edición: 1991
Impreso en Uruguay-Printed in Uruguay

Editorial SIGNOS
Instituto Nacional del Libro
1991

A Galia Collazo Ibáñez.

Introducción

Al cumplirse veinte años de la desaparición física de Sara de Ibáñez, hemos querido recordarla cubriendo un vacío editorial: publicar una antología lo más amplia y abarcadora posible, aunque como en toda selección de esta índole, es imposible separar la preferencia personal del consenso general.

Es ésta una poesía de extraordinaria riqueza y que, a cada nueva lectura se agiganta y crea nuevas perspectivas. Es así que la vemos, ahora, cada vez más afirmada en una dimensión heroica y trágica: el poeta es el héroe, el elegido. Y lo es en el sentido que Yung le daba al arquetipo del héroe. Y que Campbell traduce así: "El héroe abandona el mundo normal para aventurarse en un reino maravilloso, sobrenatural; aquí encuentra fuerzas fabulosas y obtiene una victoria decisiva; luego regresa de su misteriosa aventura, dotado del poder de difundir la felicidad entre los hombres". Es así que Prometeo va al Olimpo y roba el fuego a los dioses y se lo regala a los hombres; Eneas desciende al Hades, cruza el Aqueronte, habla con su padre, retorna cargado de sabiduría, y funda Roma; Teseo llega a Creta, penetra en el laberinto, mata al Minotauro y salva a los griegos. Es así que Sara de Ibáñez oye el llamado, se siente el elegido por un destino, viaja a la zona de lo sagrado, palpa el misterio, lucha por captar el sentido último de la verdad a través de la palabra y retorna al mundo de los hombres, no con el don de la felicidad sino con el terrible mensaje de advertencia y cuidado, impregnado de ese amor terrible que atraviesa los versos de Apocalipsis XX, donde su poesía adquiere la perspectiva visionaria de los antiguos profetas.

Su poesía se nos presenta a través de tres dimensiones: la

primera, que vendría a ser la metafísica nos transporta a una experiencia de mística moderna y sin religiosidad, la segunda nos lleva a la zona cívica de su obra con *Canto a Montevideo*, una zona de *Las estaciones y Artigas* para culminar en el ya citado *Apocalipsis XX* y la tercera, ya personal, que nos conduce a su peculiar intimidad con la muerte y es la que abarca todo el ámbito de *Diario de la muerte*. Las tres perspectivas se integran en una unidad donde los contrarios se afirman, rechazan y confirman en un vaivén dialéctico de hondo estremecimiento barroco.

Jorge Arbeleche

EL CANTO EN LA POESÍA DE SARA de IBÁÑEZ

La poesía de Sara de Ibáñez surge en 1940 con la publicación de *Canto*, una obra primera y ya definitiva. De manera inmediata llamó la atención a todo el mundo literario de Latinoamérica. Surge Sara de Ibáñez en un país -Uruguay- reconocido por una nutrida y valiosa galería de mujeres poetas. Entre ellas y en orden más o menos cronológico citaremos a María Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, que precedieron a Sara. Contemporáneas suyas y compañeras de generación podemos considerar a Esther de Cáceres y Clara Silva, posteriores a ella ubicamos a Idea Vilariño, Ida Vitale, Amanda Berenguer, Circe Maia, Marosa de Giorgio, Gladys Castelvacchi, Matilde Bianchi. Pero la poesía de Sara tiene poco a ninguna relación con sus parientas líricas, uruguayas o americanas, ya que tampoco hay conexiones con la poesía de Gabriela Mistral o de Alfonsina Storni, o de Olga Orozco por citar algunas de las más próximas en tiempo y espacio.

Sí en cambio se puede establecer una afinidad real con una antecesora excepcional: Sor Juana Inés de la Cruz. Ya señalaba esta cercanía espiritual entre las dos creadoras, Neruda, en el prólogo de *Canto*. Más tarde en el libro *Las estaciones y otros poemas*, de 1957, la poeta titulará una sección entera "*Tránsito de Sor Juana Inés*", que consta de catorce sonetos. La devoción de Sara por la monja-poeta americana radica en su viva pasión intelectual que en la uruguaya la hace profesar una verdadera devoción por las formas clásicas: sonetos, liras, décimas, silvas.

Esta pasión formal no significa en modo alguno una preferencia fría y académica sino que hace manifiesta en ella su profunda concepción de la estructura del mundo, de sus íntimas relaciones; el universo está ligado por sus semejanzas y atañe a la poesía descubrir

las correspondencias de los elementos.

Jorge Carrera Andrade, hablando de Sara, se ha referido a un "neoculteranismo surrealista". En ella se da, en prodigiosa profusión, un juego incesante de imaginación metafórica, pero esto significa en la poeta no el moroso deleite sonoro verbal, sino un exprimir la palabra hasta hacerle soltar todo su potencial estético y expresivo. Su amor a la perfección formal, sostiene el crítico español José Olivio Jiménez, no oculta sino trasciende a niveles de pura poesía un íntimo torrente espiritual dominado por la desolación, el dolor y la angustia del hombre, el desesperado sentimiento de la desintegración universal, y los más amargos movimientos del alma. Temas de su obra han sido, así, la obsesión de la muerte, el imperativo de la poesía y el amor a la humanidad.

A diferencia de muchas mujeres poetas, la poesía de Sara está exenta de erotismo. El erotismo se puede manifestar por presencia, carencia o sublimación del sentimiento como se da en el caso de Juana, María Eugenia o Delmira respectivamente. En Sara sencillamente no existe ninguna referencia a Eros. Más, en toda su obra, sólo en el primer libro *Canto* hay una serie de poemas de amor que componen una sección titulada: *Itinerario*; pero tampoco acá aparece el amor de la pareja humana con claros referentes reales.

Es más, en la poesía de Sara se percibe un rasgo distintivo muy peculiar; muchas veces el yo poético se expresa bajo la manifestación masculina. Esto sucede más especialmente en las obras de su última producción como son *La Batalla* (1967) y *Apocalipsis* (1970), pero ya asomaba esta tendencia en algunos momentos de *Hora ciega* (1943) o de *Pastoral* (1948). Quizás esto obedece a la necesidad de la creadora de trascender el propio límite de su individualidad y sexo para expresar más ajustado y trágicamente la condición universal del hombre;

"Pueblo también la derrumbada esfera
y un viento de ceniza me suspende.

Borrado, ciego, en la ceniza canto
de este modo recóndito a la muerte."

La poesía de Sara se inscribe por derecho propio en la tradición de la gran poesía española; en ella hay un deleitoso cultivo de la metáfora y la imagen. Su poesía tiende a una inefabilidad lírica y cuando toca la naturaleza, ésta será más una cristalización estética que un elemento real, exceptuando quizá dos instancias excepcionales como son su *Canto a Montevideo* (1941) y *Artigas* (1952).

El crítico Anderson Imbert ha hablado, refiriéndose a Sara, de una "fusilería metafórica". Pero esta definición de su estética podría llevar equivocadamente, a pensar en una poesía premeditadamente hermética. Su poesía, si adopta la metáfora y la imagen como elementos predominantes, no adopta jamás niveles de inaccesibilidad ni de ininteligibilidad. Su poesía constituye una forma de asumir el mundo, de aprehenderlo, entenderlo y devolverlo transfigurado en forma estética. *Canto*, dijo Jorge Ruffinelli, manifiesta una actitud dirigida a los paisajes interiores, valorativa de ese íntimo momento en que lo real se transforma en imagen, en poesía, y vuelve a ser real potencializado. En *Hora ciega*, la batalla es feroz y despiadada y el oído de la poeta percibe el fragor y la furia de esa hora aciaga de la humanidad. Es el momento de la segunda guerra mundial, y el libro refleja la terrible desolación de ese tiempo:

"Luto para la rosa.

Negra espina en su sien desventurada.

La flecha melodiosa

del trigo, va enlutada

goteando noche hasta la mesa helada.

Luto para la abeja
bajo el humo y la sal de la ceniza.
Lastimada y perpleja
su rubia perla iza
entre el escombro que la martiriza.

Todo gira cortado
ciego, perdido en sangre, en isla hundida.
Bajo el canto cuajado
ruge la mala herida
¡Cómo parar esta infeliz huída!”

Esta preocupación de la autora por su circunstancia es una constante que atraviesa toda su obra hasta desembocar en su libro último: *Apocalipsis XX*. A propósito de este volumen ella declaró: “Es un libro diferente, empeñado en nueva búsqueda. En cuanto a estructuras principalmente, creo que he logrado innovar mi obra. Desde el punto de vista de la idea, en cambio, responde a mi constante actitud ante el mundo, de ser eco de él, circunstancia temática siempre presente en mi poesía”. Esta actitud estética y ética se manifiesta de manera total y plena en *Las estaciones* (1957) donde la comulgación con la vida se torna más decididamente manifiesta:

“No puedo cerrar mis puertas
ni clausurar mis ventanas:
he de salir al camino
donde el mundo gira y clama,
he de salir al camino
a ver la muerte que pasa.
He de salir a mirar

cómo crece y se derrama
sobre el planeta encogido
la desatinada raza
que quiebra su fuente y luego
llora la ausencia del agua.”

Su poesía, que abarca desde la mirada a los más recónditos paisajes interiores hasta la perspectiva visionaria de *Apocalipsis XX*, puede verse estructurada sobre las variantes de una misma metáfora: la de la batalla, la agonía, la lucha entre el hombre y la nada, entre la vida y la muerte, entre el canto y el silencio. Sobre este tropo está íntegramente estructurado uno de sus libros más perfectos que lleva justamente por título: *La Batalla*. Dice Alejandro Paternain que este libro se abre y se muestra como una “poética”. Allí se plasma la denodada lucha del hombre contra el soplo de la nada que ha hostigado al poeta a través de todo su itinerario creativo. La obra entera se nos presenta entonces como una trágica aventura de develación del misterio. La función del poeta será la de percibir esa zona de oscuridad de la existencia y, transfigurada, hacérsola accesible, sin perder jamás su intrínseca zona de sombra. Pero será labor del poeta iluminarla y acercarnos el eco de su resplandor.

Sara de Ibáñez definió a la poesía como “un ejercicio del misterio”, característica común a la poesía pero que en la suya se aplica con ajustado rigor.

Toda su obra se rige por el *canto* que en ella es sinónimo de vida y manifestación de lo sagrado, al tiempo que es también una forma de la armonía.

Su *canto* está integrado por dos elementos, por un lado, *la palabra* que es el elemento estrictamente lingüístico, y por otro, *la forma*, a través de la cual accede a la armonía necesaria para la existencia de su canto, que es reflejo, de algún modo, de la armonía

universal. No es casual que el lenguaje de Sara de Ibáñez, recree, por momentos, el del siglo de oro español, pues está inbuido del espíritu renacentista, buscador de la armonía del universo.

La temática es materia moldeable bajo el imperio de la palabra, que se constituye en el vehículo para arribar a la armonía esencial, condición y consecuencia de su canto.

Este será el reflejo de la armonía cósmica y cuando ésta se rompa, habrá entonces de prorrumpir en imprecaciones y denuncias.

La forma es para Sara, una manera de ser en el mundo, una posibilidad de captarlo, de aprehenderlo y de expresarlo. No es sólo un valor estético, sino también ético.

Sara de Ibáñez es un poeta absolutamente consciente del valor de la palabra como instrumento y de la finalidad de la misma. En ella toma el carácter esencial de enlace entre los hombres. La palabra será entonces testigo, adomonición transmición y generador de belleza y de verdad.

Canto es, en ella, sinónimo de poesía. Se constituye en una acto vital, un acto de creación que se vincula con lo sagrado. Se puede apreciar aquí, una forma moderna de la mística sin religiosidad.

La poesía se concibe como un destino que elige el poeta constituyéndose en una experiencia dolorosa y única, como la mística.

Ya es su libro inicial *Canto*, que prologara en forma entusiasta Neruda, y que publicara la Editorial Losada de Buenos Aires, hablaba ella de "mi isla seca en mitad de la batalla" inaugurando así la metáfora de la agonía del creador, que desarrollará a lo largo de su obra hasta culminar en el libro "*La batalla*" (Losada, 1967), donde se constituye en forma más explícita la parábola sobre el Creador y la Creación. Se libran dos epopeyas: la del poeta y la del hombre; pero cuando se plasma la primera se fracasa en la segunda. Dice en el poema "*Triunfo del guerrero*" de *La Batalla*:

"Dios le ha visto frecuente en la batalla...
le ha visto andar en ráfagas de llanto
la boca llena de canciones muertas
que no alcanzaron a heredar la espuma.
Le ha visto abrir a hueso delirante
el bloque azul de la nocturna escarcha...
Le ha visto fiel y ciego de inocencia...
y muerto, al fin de espléndidas heridas."

Su poesía tiene origen más allá de las palabras. Remite a una realidad de otras dimensiones y de otro orden que el poeta ordenará a través de la palabra y la forma.

Esa otra realidad no sólo la presente, sino que la ve; de ahí el carácter visionario de esta obra que logra quizá su culminación en el libro *Apocalipsis XX* (Montevideo 1970).

Esa otra realidad aludida que puede estar referida a una concepción de lo sagrado, podemos denominarla *metapoética*, porque proviene de zonas recónditas, que la palabra y la forma aproximan, que hacen constantes referencias a esa dimensión de lo místico que se expresa por el elemento "*fuego*".

Ya en *Canto* (1940) en la Lira I decía: "amor secreto de la hoguera, cantas"; a través de este verso revelador apreciamos la íntima fusión entre el fuego, signo tradicional de la esencia divina, y la poesía.

La presencia de esa otra realidad, de esa dimensión del misterio, al que se accede lingüísticamente, el poeta la traduce por expresiones sintácticamente no tradicionales: así dice en *Hora ciega* (Losada 1943): "estás de río, de puro cedro, de azucena oscura";

"Sería necesario
morir de rosa, de sapiente espiga.
Morir paloma, miel, brezo y hormiga."

La plenitud de esta experiencia de ribetes casi místicos se percibe en versos como:

“qué secretos laureles
el pecho me calcinan,
qué celestiales flechas me adivinan!”

Vemos aquí algunos de los clásicos referentes de la poesía mística como lo secreto, el fuego, lo celestial, la visión.

La imagen, plásticamente, puede recordar la figura de San Sebastián. Se revela allí un sentido ascensional, vertical, con dirección hacia la plenitud del absoluto que puede ser la creación, como una manifestación de la divinidad y al mismo tiempo está la referencia al sufrimiento por el uso de términos como “flechas” y “calcinados”.

Existe en el libro *Hora ciega* (Losada, Buenos Aires 1943) una sección titulada *Los pálidos*. No traduce quienes son; provienen del misterio. De ahí la sugerencia del título; son la esencia misma del misterio. Por eso no los nombra constituyen una presencia constante; es la expresión verbal de esa metapoesía aludida, de esa otra realidad que el poeta penetra, donde no existen las coordenadas temporales sino que se da la eternidad del Canto.

“Vinieron a golpearme
los pálidos golpearon en mi oído.
Vinieron a llamarme
desde tan alto olvido,
con tanta luz su acento defendido,
que necesario fuera
morir y más morir, estar muriendo,
para coger la fiera
palabra que bullendo
viene a mí desde mares que no entiendo.”

Pero el canto, en Sara de Ibáñez, no es sólo el vehículo de acercamiento al misterio, sino que es también una aproximación rotunda al mundo, a esta realidad.

Su poesía toda constituye una absoluta manifestación vital, una permanente lucha contra la muerte. La función más importante de su canto será la denunciatoria, la de advertencia al hombre ante el horror y la destrucción. El canto es entonces eco de circunstancias. En su denuncia el poeta ataca a los responsables: los poderosos y los soberbios.

El canto asume así una función social totalizadora:

“Un rey alza llorando su corona
manchado con el polvo de la guerra,
y a la orilla del agua busca un sitio en el cielo
busca el último umbral de la plegaria”.
dice en la *Visión VII de Apocalipsis XX*.

El canto sirve también como aproximación de otras formas de la realidad, por ejemplo, la histórica. Así, en *Canto a Montevideo*, propone la visión de la existencia original y casi edénica de nuestro suelo, mediante el canto de todos los elementos que lo integran, como el océano, los ríos, los árboles, los pájaros.

“Siguiendo los temblores de un pájaro en el viento
dormían con el pecho cerrado las colinas,
firme bajo la hierba su oscuro movimiento”.

“El océano entraba por el este cantando,
en lengua de algas frías y duros caracoles
en las blancas orillas reposaba temblando”.

“Y el indio defendía su nube voladora,
sus peces, sus ñandúes, sus sauzales dormidos,
las difíciles mieses de su sierra sonora.”

Creemos oportuno reproducir aquí las palabras augurales de Neruda en su prólogo a *Canto*:

"Sara de Ibáñez, grande, excepcional y cruel poeta...

Estructura y misterio, como dos líneas inalcanzables y gemelas, teján de nuevo la vieja, temible y sangrienta rosa de la poesía...

Quien conozca estos productos humanos verá que esta mujer recoge de Sor Juan Inés de la Cruz un depósito hasta ahora perdido: el del arrebato sometido al rigor; el del estremecimiento convertido en duradera espuma".

Quizá donde más claro se vea el concepto de crueldad atribuido por Neruda, sea en la obra que se publicara después de su muerte y que recogiera Roberto Ibáñez bajo el título de *Canto póstumo*.

La palabra poética siempre es, y especialmente en estas páginas, un testigo del mundo a la vez que se da a través de ella un minucioso registro de lo circundante. Pero nunca se produce la poesía de tipo confesional, ni aún en las estremecedoras páginas de *Diario de la muerte* porque la escritora profesó por la palabra y la poesía tal respeto, que instauró con ella una estética del pudor donde la crónica individual cede paso ante el deslumbrante registro sonoro del mundo y de la vida, que es en síntesis su poesía.

En sus páginas póstumas el poeta cantará con lucidez terrible, pero con armonía siempre, la muerte y su propia muerte.

Pero más que una poesía de la muerte, diríamos que es una poesía del morir, donde está ausente la crispación de la angustia personal, ya que por todo el libro campea la sobriedad y el recato. Sara de Ibáñez habla de la muerte pero no esperándola, ni presintiéndola, porque ya la conoce. Lo hace desde la muerte observando la vida y cantando:

"La linda sin razón que las divide"

Todo habrá de formar una estremecedora unidad:

"La vida está esperando

porque la muerte espera."

Como ya dijéramos, la foma es para Sara una manera de ser en el mundo, de captarlo, aprehenderlo y expresarlo, como lo hace con la suprema instancia de su vida: su propia muerte.

En *Diario de la muerte* se llega, por momentos, a un extremado despojamiento de imágenes en la expresión traductora del misterio, que deviene así más tensa y dramática. El trabajo barroco está dado más hacia el conceptismo, lográndose versos de una rotundidad casi quevediana:

"Temblorosa escritura en que se pierde
la mano viva que muriendo escribe
cosas del vivo andar entre los muertos
cosas del muerto ser en lo que vive."

Diario de la muerte está construido sobre la base de una armazón barroca con ejemplares juegos de contrastes; se recrea una situación límite: el morir, a través de una manifestación vital: la palabra.

Este *Diario* no es una crónica, diríase mejor un registro del mundo y su permanente morir, el registro de la constante frontera entre la vida y la muerte.

Hay un desgarrón afectivo, pero asumido bajo el signo del pudor desde la raíz de la lúcida asunción de su condición humana y mortal, pero trascendida a través de la poesía.

Podríamos decir que, a pesar de todo, no hay pesimismo, pues por encima de la muerte quedará la palabra, expresión de la voz y de la vida. Símbolo del hombre. De la poesía.

Jorge Arbeleche

Nota: Agradezco muy especialmente la eficazísima colaboración de la profesora Leonor Santamaría, que puso al servicio de esta tarea su sensibilidad, su talento y su laboriosidad.

J.A.

A PROPÓSITO DE LA POESÍA DE SARA DE IBÁÑEZ

I.

La Generación de 1930 o del Centenario compartió con la precedente (del 15 o del 17 o del 20) la ausencia de conciencia generacional. Nacida entre 1895 y 1910, se formó ya en el país pequeño-burgués, mesocrático, laico, progresista, ilustrado, de economía en crecimiento y estabilidad política que la obra del batllismo -aprovechando favorables circunstancias externas- hizo posible.

Sabiéndose y queriéndose herederas de la Generación del 900 - a la que admiraron sin reservas- descartaron del legado la conciencia y la actitud rebeldes, el sentido de una misión intelectual de alcance comunitario, el sentimiento de constituir un grupo generacional. Cumplieron su tarea bastante solitariamente o en pequeños núcleos unidos por afinidades estéticas y/o personales. Fueron mucho más artistas que pensadores, mucho más escritores que intelectuales. Hasta el caso extremo que pudiera constituir probanza en contrario, el de Emilio Oribe, no lo es. Basta advertir la distancia entre él y Rodó o Vaz Ferreira, en cuanto a la índole de sus reflexiones y a sus actitudes ante el receptor. El único ejemplo de un intelectual cabal, dotado además del sentido de la misión colectiva leudante de su tarea, es el de Carlos Quijano (1900-1984).

En la medida en que la uruguayo era una sociedad en crecimiento, imbuída de la confianza en el progreso, que lograba conciliar y/o enmascarar la pugna de los intereses opuestos, los escritores del 17 y del 30 encontraron apoyo oficial para sus trabajos. Habrá que esperar que advenga la evidencia de la crisis y de sus consecuencias sociales para que los escritores de una nueva generación (del 40 o del 45 o de la "conciencia crítica") empiecen a tomar distancia con

relación al oficialismo. Pero la labor inicial para el cambio de actitud será realizada por Quijano y por Juan Carlos Onetti (1909). Y a ella va a plegarse la mayoría de los mejores sobrevivientes del 17 y del 30.

La influencia cultural dominante para ambas promociones seguirá siendo la francesa, que a partir de los años 40 deja de ser central. En el terreno poético la figura señera es Paul Valéry y su teorización acerca de la poesía pura. Los poetas del 30 están atentos también a la lírica española del Siglo de Oro, al Modernismo, a las vanguardias, a Juan Ramón Jiménez, a su coetáneos españoles del 27.

Dentro del grupo, Sara de Ibáñez (1909-1971) resulta una "reservista", puesto que su libro inicial es de 1940. Lo mismo acontece con Clara Silva (1905-1976), cuyo primer libro es de 1945. No obstante, la obra de Clara Silva se distancia más de la de sus coetáneos y, en parte, resulta más cercana a la poesía de algunos de los poetas de la Generación del 45. Sara, en cambio, se mantiene totalmente dentro del mundo espiritual de su generación. El rigor formal; el cuidado artesanal; la búsqueda metafórica; la índole y el modo de elaboración de los símbolos; la concepción religiosa de la poesía y a la vez, tercamente individualista de la tarea creadora: todo ello comparece en mayor o menor grado en las obras de Emilio Oribe (1893-1975), Carlos Rodríguez Pintos (1895-1985), Fernando Pereda (aproximadamente 1900), Esther de Cáceres (1903-1971), Susana Soca (1907-1959), Roberto Ibáñez (1907-1978), Alvaro Figueredo (1908-1966), Pedro Picatto (1908-1944), Juan Cunha (1910-1985). Dentro de la generación, sólo Selva Márquez (1903-1981), Liber Falco (1906-1955) y Serafín J. García (1908-1985) escapan a la mayoría de aquellos rasgos.

II.

La indudable multiplicidad y riqueza de nuestra poesía en las cuatro décadas primeras del siglo no había alcanzado a producir - con excepción de Julio Herrera y Reissig (1875-1910), a quien le faltó tiempo de vida y con él hondura de experiencia- una de esas figuras de poeta cuyo nombre y título merecen ser escritos con mayúsculas. Pero bastó la aparición de *Canto* en 1940 para que se supiera que había allí un grandísimo poeta. Ese primer libro fue ya entero y cabal, sin rastros de aprendizaje. Más aún, era un libro magistral tanto por la organización del conjunto como por la secuencia de cada una de sus seis partes; tanto por cada uno de sus textos como por la perfección en el manejo de estrofas, versos, rimas, ritmos. Todos los libros posteriores -diversos en tonos, climas, sentimientos, motivos- confirmaron y acrecentaron el juicio. Son muy pocos los poetas de la lengua que han logrado manejarla con tanta opulencia verbal, tanta riqueza y exactitud en el decir rotundo y en el ambiguo, tanto lujo metafórico, tanta riqueza musical. "*La única fiesta que acepta es la de las palabras*" decía el poeta Jorge Carrera Andrade; y José Carner: "*Nadie maneja hoy en día la lengua española con más ciencia, felicidad, fluidez y melódica dulzura...*"

La perfección en el manejo de todas las formas, codificadas o no, se acrece con el uso de otros recursos aún no señalados, verbigracia, las series de términos correlativos que pasaron de Petrarca a la lírica española del Renacimiento y que estudiara Dámaso Alonso. Véanse como ejemplo, "Isla en la Tierra", "Isla en la Luz", Lira IV de *Canto*, Poema XV de *Pastoral*, "Puerta de los Endriagos" de *Canto Póstumo*. (Igualmente, con excepción de la metáfora del fuego que ha estudiado Alejandro Paternain, nos falta todavía el relevamiento de otros símbolos, de su entrelazamiento, transformaciones y correspondencias a lo largo de todos los libros).

Sara componía su obra trabajando simultáneamente series diversas, este sistema de pluricomposición fue también el de Herrera y Reissig y ha sido el de Idea Vilariño. Por ejemplo, en 1965, 1966 y 1967 trabajó a la vez en cinco series que darían otros tantos libros: *La Batalla*, que se publicó al fin del trienio; *Apocalipsis XX*, editado en 1970 y tres que dejó inéditos: *Diario de la Muerte*, *Baladas y Canciones* y *Gavilla*, los que fueron editados por su marido, Roberto Ibáñez, bajo el título común de *Canto Póstumo*.

Se ha hablado de la obscuridad de su poesía y es un error: la suya es una poesía luminosa y muchas veces una poesía de la luz, tal como puede afirmarse de la de Dante en el "Paraíso", o la de Góngora. Es, sí, una poesía difícil, especialmente por el modo de elaboración de las metáforas y su frecuente conversión en símbolos. Es también una poesía religiosa, aunque de índole particular. No la signa el agonismo de Clara Silva, ni la segura alabanza de Esther de Cáceres, ni el goce de la unión mística de San Juan de la Cruz. Hellen Ferro apuntó, en un juicio parcialmente compartible, que *"en canto gozoso y sin rubor, se entrega al cosmos y goza en el cosmos, por pertenecer a Dios en medio de las cosas que por derecho son suyas (...) en Sara de Ibáñez la sensación es de que no hay elementos cristianos visibles en sus poemas porque todo está visto desde una situación que mira desde el jardín del Paraíso al paraíso terrenal. Hay seguridad y ninguna vacilación en su fe"*. La presencia, la patencia de lo sagrado es evidente en la poesía misma como ejercicio y como resultado. La propia autora ha confesado entender la poesía *"como un ejercicio de misterio (...) y en esto no hay superstición. Quizá sí convicción religiosa (...) Poesía es algo así como lo que nos queda en la voz después de haber estado a punto de morir de la presencia divina"*. El "ejercicio de misterio" que es la poesía y la calidad sacerdotal del poeta son convicciones que Sara comparte con Roberto Ibáñez, Fernando Pereda, Esther de Cáceres,

Emilio Oribe, Rodríguez Pintos, convicciones bastante extendidas en aquellos años muy impregnados del magisterio de Valéry.

Alguna crítica ayuna de sensibilidad acusó a la poesía de Sara de frialdad y distancia causadas por su perfección: el pleito falso había sido despejado por Neruda en el Prólogo de *Canto*: *"... esta mujer recoge de Sor Juana Inés de la Cruz un depósito hasta ahora perdido: el del arrebato sometido al rigor, el del estremecimiento convertido en duradera espuma"*.

Ardorosa y ardiente esta poesía cuyo signo es el fuego y en la cual lo que Sara llamó "el mundo en torno" tiene mucho más presencia de los que se ha concedido, tal cual lo señalara Paternain. En 1970 se conoció un libro terrible y estremecedor: *Apocalipsis XX*. Tema, tono y lenguaje bíblicos pone en juego la poeta para anunciar el contemporáneo apocalipsis. Inventario del espanto, testimonio de doloroso amor, la obra es una de las de más alta poesía que se haya escrito en castellano.

Graciela Mántaras Loedel.

ISLA EN LA TIERRA

Al norte el frío y su jazmín quebrado.
Al este un ruiseñor lleno de espinas.
Al sur la rosa en sus aéreas minas,
y al oeste un camino ensimismado.

Al norte un ángel yace amordazado.
Al este el llanto ordena sus neblinas.
Al sur mi tierno haz de palmas finas,
y al oeste mi puerta y mi cuidado.

Pudo un vuelo de nube o de suspiro
trazar esta finísima frontera
que defiende sin mengua mi retiro.

Un lejano castigo de ola estalla
y muerde tus olvidos de extranjera,
mi isla seca en mitad de la batalla.

de Canto (1939)

ISLA EN LA LUZ

Se abrasó la paloma en su blancura.
Murió la corza entre la hierba fría.
Murió la flor sin nombre todavía
y el fino lobo de inocencia oscura.

Murió el ojo del pez en la onda dura.
Murió el agua acosada por el día.
Murió la perla en su lujosa umbría.
Cayó el olivo y la manzana pura.

De azúcares de ala y blancas piedras
suben los arrecifes cegadores
en invasión de lujuriosas hiedras.

Cementerio de angélicos desiertos:
guarda entre tus dormidos pobladores
sitio también para mis ojos muertos.

de Canto (1939)

IV

Rama de alas en el aire muerta.
Rafz de vuelos que la sangre anuda.
Librados nervios de guitarra muda
yacente bajo arena y mar desierta.

Tiemo acero del agua, espada incierta,
entre metal y flor, tembló desnuda.
Quebróla un eco, su batalla aguda,
antes de entrar por la encendida puerta.

Enlutaron su oído hierba y ave...
Dejóse en su arrayán morir la abeja,
y el llanto pudo ser, halló su clave.

Con espinas de sal quemó el rocío,
y el mundo tuvo una sonrisa vieja.
Aquel grito tan nuevo no era el mío.

de Canto (1939)

V

Torre donde fui muro y habitante,
entre asedios de miel y golondrinas.
Fue sobre una inocencia de neblinas
su mentida experiencia de diamante.

¡Oh mi andar sin razón, cielo adelante!
La sangre, tan callada en las colinas,
cerró el idioma de sus crueles minas
a mi músico oído vigilante.

Un día sentí espadas en la boca
y me rodearon turbios cementerios...
Pisé mis ojos, ángeles caídos.

La luz me hirió como erizada roca,
y busqué los tenaces cautiverios
sin piedad de mis pájaros perdidos.

de Canto (1939)

LIRA I

Rosa, rosa escondida
-finísimo cometa de jardines-
que en mi carne aprehendida
cierran los querubines
con una lenta curva de violines.

Herida, herida vienes.
Tu sangre por mis venas adelantas;
en mi voz te sostienes,
y sobre aéreas plantas,
amor secreto de la hoguera, cantas.

El filo vigilante
del hielo te cercó por la negrura.
Atravesó el diamante
tu briosa frescura
y fue sólo un perfume tu armadura.

Tu vuelo sumergido
sorprendió la raíz de los desiertos.
Yo escuché tu latido
a través de los muertos
que aún tiene tu relámpago despiertos.

¿En mí vas a apagarte?
¿Voy a ser yo el silencio de tu fuego?
¿Logrará sujetarte
este círculo ciego,
esta prisión amarga que te entrego?

¿O soy yo quien me fundo
en una claridad desesperada,
y contigo me hundo
y ya voy libertada
sin comprenderte y en el sueño anclada?

de Canto (1939)

LIRA III

Pasan ciervos heridos
entre las acres brumas, jadeando,
por su sangre seguidos.
Pisan un cielo blanco
ya por aires sin patria respirando.

Pasa una golondrina
sobre flecha de sal y flor secreta,
y su cabeza fina,
llena de luz violeta,
al fiero cisne de la espuma reta.

Pasa el pez sorprendido
en el lunario fuego de su escama.
Nada en un mar huído
que de lejos reclama
la blanca herida de su aguda llama.

Pasa un reptil mordido
por una gran palabra con espinas.
Su corazón caído
deja escapar divinas
palomas engendradas en sus ruinas.

Pasan llorando nieve,
tan cerca que me enfrían la mirada.
Mi boca no se atreve,
fija en su doble espada,
a detener la rueda disparada.

Y a la luz que me grita
hurto el pecho, y tenaz desobedezco
al ángel que me habita.
En dura tierra crezco
y mirando mis huesos envejezco.

de Cantó (1939)

LIRA IV

¿Por qué me duele el cielo,
su luz de llaga que olvidó la muerte?
¿Por qué este oscuro duelo
que mi lengua pervierte
y en mi propio verdugo me convierte?

Voy a vivir la estrella,
voy a tocar su frente de alegría.
Voy a matar la huella.
Voy a estrenar el día.
Voy a olvidar la gran palabra fría.

Voy con el agua entera
llena de pechos vivos y rumores;
la mansa, la viajera
de los largos temblores,
la de los infinitos ruiseñores.

Voy por la savia oscura.
Voy a crecer con ~~cerdos~~ y palmeras. *cerdos*
Voy por la rosa pura,
por las enredaderas,
por los pausados musgos de las eras.

Por la vena del oro
suelto mis minerales sensitivos.
Gastaré mi tesoro,
mis panales altivos,
la silenciosa luz de mis olivos.

Voy a escapar... Ya siento
flotar mi gran raíz libre y desnuda!
Pero no... Me arrepiento
y tuerzo el ceño, ruda,
amarga, amarga, amarga, amarga y muda.

de Canto (1939)

LIRA V

Voy a llorar sin prisa.
Voy a llorar hasta olvidar el llanto
y lograr la sonrisa
sin cerrazón de espanto
que traspase mis huesos y mi canto.

Por el árbol inerme
que un corazón de pájaro calienta
y sin gemido duerme,
y al gran silencio enfrenta
sin esta altiva lengua cenicienta.

Por el cordero leve
de la pezuña tierna y bello rosa;
por su vibrante nieve
que la tiniebla acosa
y al final de un relámpago reposa.

Por la hormiga azorada
que un bosque de cien hojas aprisiona;
por su pequeña nada
que al misterio no encona
y que la enorme muerte no perdona.

Por la nube que alcanza
los umbrales de un lirio sin semilla.
Lengua de la mudanza
sin éxtasis ni orilla,
que no sabe morirse de rodillas.

Por la hierba y el astro.
¿Cómo miden tus ojos, Dios oscuro?
Por el más leve rastro
de sombra contra el muro,
mi llanto ha abierto su cristal maduro.

de Canto (1939)

I

Siguiendo los temblores de un pájaro en el viento
dormían con el pecho cerrado las colinas,
firme bajo la hierba su oscuro movimiento.

Entre tiernos arroyos y fragancias marinas,
las nubes vegetales alzaban guerreando
venas de fresco azúcar y saladas espinas.

El océano entraba por el este cantando.
Su lengua de algas frías y duros caracoles
en las blancas orillas reposaba temblando.

Y los ardientes limos quemados por los soles
del Río de los Pájaros, flechas de llama lenta,
estremecida tierra de verdes tornasoles,

abriendo del estuario el secreto futuro,
la raíz de tus huesos, ciudad de hierba y canto,
fina estrella de sílice y jazmín inseguro.

Te cruzaban los hombres sin sonrisa y sin llanto,
puros como las bestias que el cielo custodiaba.
Medían tus perfiles sus ojos sin espanto.

El amargo charrúa tus sienes calentaba
y la arisca inocencia de su sangre extinguida
con la más ardua rosa tu corazón fundaba.

Suya y de las gaviotas, de la nutria pulida,
de las doradas liebres y las finas torcaces,

con águilas y plumas secretos compartida,
fue la tierra en que te alzas. Y los cielos fugaces,
y la lluvia que henchía las pitangas sabrosas
y mojaba las dulces raíces montaraces.

la risa que meneaba las ramas olorosas,
la sombra de los montes cortada sobre el río, y la
sed de los pájaros, sus lenguas jubilosas;

las escamas brillantes temblando en el rocío,
las talas y los molles, los ásperos juncales,
los torvos espinillos y el sarandí sombrío;

los cactus agresivos, los turbados panales,
la roca sometida con dolor, las hogueras
y el olor de la tierra llena de manantiales,

suyos fueron; sus brasas, sus raíces guerreras
salen para ceñirte la afelpada cintura
con ojos de amapola acultos en las eras.

Su aliento sepultado los maizales madura
y sube, por tus muros, la ceniza bravía
que fue piel en sus pechos vírgenes de armadura.

El hijo de tu ausencia desnudo combatía
y entraba humildemente al polvo repentino,
con un pájaro abierto sobre su frente fría.

Del Paraná-Guazú la blanca espada vino.
Su inmaculada espuma quebró la carabela:

cómo herida de tigre fue su primer camino.
Abrasaba sus lomos la sombra de la vela,
tendida sobre finos cardúmenes de acero
que cruzaba sus rayos con la invasora estela.

El Paraná-Guazú gemía prisionero
mirando las canoas que sus aguas mimaban
encogerse en las llamas del arenal costero.

En aquel Monte Vide tus cimientos volaban.
Bajaste de los aires como nube o paloma
a encerrarte en las verdes palmas que te esperaban.

Tu cerro niño, arisco, Solís con preces doma
y la sangre de España bautiza tus gramillas.
Huellas de pie calzado hienden su duro aroma.

Ya frente a frente luchan dos rosas sin rodillas,
dos leones que mezclan uñas, alientos, venas,
dos ríos combatientes que mojan tus semillas,

dos brazos que no saben calentar las cadenas,
dos centellas de sangre que se anulan el fuego,
dos vivos remolinos abriendo tus arenas.

El español traía envainando en un ruego
el filo de su espada, su hambre conquistadora
y el rostro de su dios sobre su pecho ciego.

Y el indio defendía su nube voladora,
sus peces, sus fiandúes, sus sauzales dormidos,

las difíciles mieles de sus sierra sonora.
Habías de nacer con los dientes crecidos,
como un ángel mestizo de jaguar y de espuma
que se mira bramando los costados heridos

y sumerge las hierbas sin que se le consuma
la corriente bravía que en los huesos le crece
y le llena la boca con encendida bruma.

Sobre la blanca frente de Zabala amanece
tu pequeño relámpago, cachorro combatido.
Ubre de leche amarga tu quijada endurece.

Siete hogares alumbran tu pan recién nacido.
En tus muros de barro, la libertad alzada.
Clavado en cada puerta, su escudo amanecido.

Creciste resistiendo a la mano enguantada.
Sus caricias pesaban en tus hombros pujantes
y apenas pudo ser su curva gobernada.

Era tu sangre joven, herencia de gigantes:
adulta como el mar y la pampa naciste
sacudiéndote el beso y las sedas fragantes.

De tu orgullosa madre las voces desoíste:
en tus mismas entrañas trazaste las fronteras
y el rostro amenazado pero libre volviste
para mostrar al cielo tus flamantes banderas.

de Canto a Montevideo

VII

Desde todos los campos el Uruguay te inclina
perezosos senderos, lazos enternecidos
que atan a tu cintura el valle y la colina.

Llegan a acariciarte los varones curtidos
que se arrugan colmando tus crecientes graneros
y te acercan fragancias de maizales y nidos.

Llegan a proveerte los rudos caballeros
sobre las bestias húmedas de sudor y relente
que traen en los ojos los últimos luceros.

Los rubios bueyes tumban la cabeza paciente
sobre la rumorosa Plaza de las Carretas,
donde el trigo pregona su promesa caliente.

Mojan los anchos cascos frescos zumos violetas
de tallos macerados sobre la tierra dura,
con el primer rumor de las brisas inquietas.

Aquí viene a volcarse la cosecha segura:
las verdes hortalizas que ilumina el rocío,
el espumoso aroma de la avena madura.

Hormigean los frentes de chato caserío.
Los ponchos hacen alas en los hombros cuadrados
y gira en las espuelas un gran lucero frío
que ilumina los pies de los gauchos callados.

de Canto a Montevideo

HORA CIEGA

Luto para la rosa.
Negra espina en su sien desventurada.
La flecha melodiosa
del trigo, va enlutada,
goteando noche hasta la mesa helada.

Luto para la abeja
bajo el humo y la sal de la ceniza.
Lastimada y perpleja
su rubia perla iza
entre el escombros que la martiriza.

Luto para la rama
del cerezo y la luna en los vellones.
Luto para la llama
de los melocotones.
Luto para el rumor de las canciones.

Porque llegó la hora
de la huida y el rumbo entre los muertos.
¡Volver a la roedora
boca de los desiertos
cuando el río y la miel están abiertos!

Cayó la bestia pura;
su dócil sangre aún en los aires canta,
y de su blanca hondura
temblando se levanta
y otra vez en el musgo hunde la planta.

Cayó el león ofendido.
Lamió con triste lengua su frontera.
En el círculo hendido
la ceniza guerrera
alza su rosa elástica y espera.

Entre el viento y la tierra
fué el terco golpear, el hambre dura,
el cielo que se cierra
como una concha oscura
y el pecho padeciendo su negrura.

Ya fué el pausado día
de inventar paraísos duraderos.
Ya mostró la alegría
sus calientes graneros,
y guardaron los hombres sus corderos.

Y ya fué el día ciego.
No rompe el ojo su gastado nudo;
el balbuciente fuego
cada vez más agudo
sale del torpe huevo más desnudo.

Fué la aurora de hierro.
¡Custodias de metales calcinados!
Fundido fue el encierro.
Los cantos comenzados.
Las palomas y el mar fueron hallados.

Fué Dios amaneciendo.

La flor ardió en el llanto, entró en las venas.
La tierra fué sintiendo
un dolor de colmenas.
Y fué la espuma sobre las arenas.

Fué la niebla de oro
subiendo de la viña y del manzano.
Y equilibrado el coro
del laurel y del grano,
su estrella intacta descubrió la mano.

El monte hasta su nieve,
el agua hasta sus mágicos furoros;
la nube hasta su leve
respiración de flores;
la selva hasta su sol de ruiseñores,

crecieron y crecieron.
Creció la frente hasta habitar el frío.
Los oídos crecieron
hasta escuchar el río
que corre entre la hormiga y el estío.

Hecha fué la sonrisa
como el ramaje lento del secreto.
El color de la brisa
su material escueto;
relámpagos de azúcar, su esqueleto.

Los ángeles hablaron
con briznas de crepúsculo y granizo;

a la hierba asomaron
el rostro quebradizo,
y el receloso mármol se deshizo.

La flor del hombre, alerta,
subió contra la nieve y el gemido;
y la sangre despierta,
desde su seco olvido
vino a nutrir el germen defendido.

¡Ah, tocar el aliento
que mueve las colinas y abre el día!
Enamorar al viento
con una melodía,
y no temblar de pecho que se enfría.

¿Qué huracán de miseria,
qué nube de embozada podredumbre
ha quebrado su arteria
sobre la heroica lumbre,
y ahoga y hiende al ángel en la cumbre!

¿Qué sordera furiosa
nubla el sagrado acento de la llama?
Su palabra amorosa
sobre escarchas derrama
el labio amargo que a lo lejos clama.

Porque todo está herido
y entre dientes y lágrimas transita.
Madura el alarido

de la bestia infinita
que su antigua tiniebla necesita.

Los ángeles hablaron:
el aire aún quiere defender las voces
que tímidas cruzaron
sus arroyos veloces,
entre amenazas de perdidas hoces.

Vuelven la cara austera
comida por el rayo y la desgracia,
y cierran su frontera
con una pluma lacia.
Mana el desierto a espaldas de su gracia.

Todo gira cortado,
ciego, perdido en sangre, en isla hundida.
Bajo el canto cuajado
ruge la mala herida.
¿Cómo parar esta infeliz hufda!

de Hora Ciega

SITUACION

Veo el trigo
creciendo.
Levantando su nube que arquean ternísimas flechas.
Veo al trigo buscando su agonía a la luz de las venas.

Veo el trigo
confuso.
Su espesura de oro jadeante, su futuro de alientos y brazos;
extendido hacia el túnel de sangre que cubre su canto.

Veo al árbol
abierto,
extrayendo su entraña segura, su luz sin fatiga,
sus nupciales azúcares lentos, su muerte tranquila.

Veo al agua
esculpiendo
su fragante vigilia, tumultos de flor en su lengua.
Trepadora, minada de bocas, urgida por pechos y hierbas.

Veo al agua
turbada,
construyendo raíces, alumbrando sus pueblos de islas.
Sometida a la rueda del germen su oscura alegría.

Veo al campo
gritando.
Reclamando las viñas, las manos, la avena, las hoces.
Pies desnudos, felices andares, calientes rumores.

Veo el haz
de la tierra.
La gotita de agua que enciende los tallos del trino.
La finísima hojuela que aguarda los blandos hocicos.

Agujeros
y ramas.
Las cortezas, las tiendas del limo, las secretas montañas,
el viento.
Caracoles, alondras y pumas que no lloran sus hambres
al cielo.

Veo, sufro,
atestiguo:
cae la herida manchando azucenas, mordiendo los huesos.
¡Infelices criaturas que lamen la piel del acero!

Desertoras
criaturas,
con el beso difunto, desiertos pastores de aullidos,
enterrando en el fúnebre estiércol los panes y el vino.

Sólo, sólo
vosotras
enmendando a la muerte, torciendo la luz de su rostro.
¡-¿Para siempre el temblor, para siempre, guerreros sin ojos?-

.de Hora Ciega

CAIN

I

(EL MAR)

El pecho derramado,
huyéndose castiga las riberas.
Cuaja en gayotas de ateridos huesos,
su amarga lengua.
Cefido está, clavado en su secreto.
La muerte vela.

Alguien corta la espuma.
Su nácar suspirado se destrenza.
Su delgado panal el fuego atisba
por las banderas.
El humo invade su ágil geometría.
La muerte vela.

Peces despavoridos
gimiendo eludea la voraz tormenta,
la sucia nube, el extranjerero rayo
que la gobiernan.
Cultivan ebrios su temblor salado.
La muerte vela.

Pegados a su cara
y abrasando el silencio de sus venas,
con un racimo cruel de verdes besos
[dormidos yerran.

Dormidos sin querer manchan el cielo.
La muerte vela.

Alza su crespo grito
erizado de conchas y de hierbas.
Lleno está el viento de mordidos ayes,
de sangre lenta.
Clama el mar por sus viejas soledades.
La muerte vela.

de Hora Ciega

CAIN

III

Quiso el alba tocarle
y no reconoció, Caín, tu cara.
Le buscabas los dientes a tu estrella.
No viste el alba.
Estrenaba, tu sangre sin tormentas,
uñas y alas.

Tu pie quemaba el aire.
Tu armadura animal golpeaba el cielo
y hundías en las vísceras del monte
tu ajado aliento.
Asomado a las nubes y a los bordes,
ibas despierto.

Es que tu lengua hacía
los duros nervios de su lis rabiosa.
La flor ahogada su violento polen
cuajó en tu boca.
Se turbaron las médulas del roble.
Calló la alondra.

Los cedros sorprendidos
que en el espejo de tu piel se amaban,
vieron sangrar las puntas de sus hojas
en tu mirada.
De pronto, abiertas como heridas sordas,
te iluminaban.

Ya andaba tu cabeza
por las altas espigas combatiendo.
La corona del trigo quebrantaba
tu paso nuevo
y sobre el resplandor de tus sandalias
lloraba el heno.

de Hora Ciega

LOS PALIDOS

I

Vinieron a decirme:
ahora que eres de sal y dura nieve,
nube y espiga firme
que a padecer se atreve
el huracán que nuestro aliento mueve.

Ahora que estás de río,
de puro cedro, de azucena oscura,
y costumbres de frío
dice tu piel madura,
vas a tocar el rayo que perdura.

Vinieron a golpearme:
los pálidos golpearon en mi oído.
Vinieron a llamarme
desde tan alto olvido,
con tanta luz su acento defendido,

que necesario fuera
morir y más morir, estar muriendo,
para coger la fiera
palabra que bullendo
viene a mí desde mares que no entiendo.

Sería necesario
morir de rosa, de sapiente espiga,
agotar el ovario

de la exacta enemiga.
Morir paloma, miel, brezo y hormiga.

Por estrellas tan crueles,
qué temblores de hojas me asesinan.
Qué secretos laureles
el pecho me calcinan.
¡Qué celestiales flechas me adivinan!

de Hora Ciega

LOS PALIDOS

VII

En mi luz se concentran
pueblos de nácar, gérmenes marinos.
Los seres que no encuentran
sus cuerpos cristalinos
trazan entre mis venas sus caminos.

Se fatiga la rosa.
Cede su ámbito tierno a los metales.
Donde la mariposa
quemaba sus caudales
empieza a abrir el cuarzo sus panales.

Al diamante resumo.
Entro en el rayo de espumoso frío.
Toda mi sangre sumo,
corroboro su río,
y lo renuncio en su perfecto brío.

Mi partida se fragua
donde comienza el ramo de los mares.
Con la boca del agua
diré a los olivares
los informes secretos seculares.

Me tocan las raíces.
Viajan hacia mi pecho las orillas.
Las hierbas infelices

estrechan mis rodillas
y si las miro brotan las semillas.

Nazco secretamente:
el color de las hojas me revela.
Se dividen mi frente
el trigo y la gacela,
y en quebrado rumor mi lengua vela.

de Hora Ciega

PASION Y MUERTE DE LA LUZ

I

Hierba, di tú mi signo y mi tormenta.
Modélate en mi voz, grano de trigo.
Liberta en oro y aire al enemigo
que el más secreto pez de sangre enfrenta.

Monstruo de miel cerrada me alimenta
y la inconclusa flor crece conmigo.
Esperando la muerte sin testigo
tocar los huesos de la luz intenta.

Tradúceme esta llaga sin salida,
escritura del mar o movimiento
de cristalinos gajos en huída.

Asume, zarza, el pálido lamento.
Y tú, rosa del agua, distraída,
desmenuza este rostro por el viento.

de Hora Ciega

PASION Y MUERTE DE LA LUZ

X

El verano se agota en el racimo.
Ni avena, ni cigarra, ni amapola.
Ni el alga haciendo velas en la ola,
ni las tímidas ranas en el limo.

Ni la corteza que hasta el llanto oprimo
entre la tierna muchedumbre, sola,
hecha de sangre y labios la aureola
donde me corroboro y me lastimo.

Ni la centella que la liebre rubia
mueve entre los primores del rocío,
ni la humilde fragancia de la alubia.

Ni el caballo de sal que adiestra el río,
ni la múltiple espada de la lluvia,
dirán tu arisca huella, idioma frío.

de Hora Ciega

TIEMPO III

XI

Agrio está el pan en el zurrón angosto.
La flor candeal en negra espuma hundida
y en la cuerna de miel, dañado el mosto.

Mayo abejea en la zampona herida
y en el sauzal un pálido zureo
usurpa mi garganta enmudecida.

Cefido en lumbre por la ahincada fiesta,
doblado en risa y llanto me paseo.
Por zarzas y tomillos huroneo
con castigado muslo y sangre enhiesta.

El cándido manjar con hambre alejo
y niego al vino la transida boca.
Mayorazgo de amor, gozo y me quejo.

La vida entre mis manos desemboca
y de aciago poder, morir me dejo.

de Pastoral

TIEMPO III

II

En la bullente luz de la majada
quejas de caracoles y zorzales.
Caramillos de miel. Flauta salada.

Rozan mi pecho júbilos boreales.
Rumor de selva aguda y ventisqueros
entre el caliente andar de los erales.

Cruje una orquídea en las boscosa llama.
Silban los arenales prisioneros.
Y sobre el léve olear de los corderos
un pálido bramido se derrama.

A la intemperie sin orilla ofrezco
puro el oído en mi llagada vela.
Brisas indago, ráfagas padezco

y hundido en la profunda pastorela
muriendo a briznas, en el ángel crezco.

de Pastoral

V

La luz redonda que el cerezo fragua.
La fuga de las víboras sin dueño.
El entornado párpado del agua.

La nube anclada en su primor isleño.
El recental que endulza la colina
y el huevecillo que me comba el sueño.

La azorada vigencia de la nieve.
La brusca llaga que el clavel me inclina
y el humilde cristal de la resina
que enclaustra cedros en mi mano breve.

Todo me espera desde el hueso hundido
donde crece el racimo de mi llanto
y acendra la ceniza su latido.

todo en la sangre se me vuelve canto,
fiesta sin miedo y árbol sorprendido.

de Pastoral

XIII

Sea la luz dijeron al abrirse
mis ojos y la luz vistióse el mundo
y en ella fue mi sangre a confundirse.

Es la luz, soy con el hervor jocundo
que mece al mar, empuja las praderas
cría la exacta miel y el pez fecundo.

No pido, acuden a mis limpias manos
las ardientes espumas de las eras.
Inventan mis caricias las corderas
y mi hambre alegre fundan los manzanos.

No me fatiga el curso de la rosa,
ni me impacienta la sazón del fruto.
Salta puntual mi lágrima preciosa.

Me esgrimen viento y llanto y no discuto
porque me ignoro y soy la luz copiosa.

de Pastoral

EL GUERRERO SECRETO

Un hijo te oye, te contempla, te ama.
Un claro niño que los soles miman.
Tu idioma en sus oídos se derrama.
Con su latido tus latidos riman.
Su rostro reluce tu escondida llama
y su callado corazón animan
el soplo que frecuenta a los manzanos
y el aliento cereal que hinche tus llanos.

Un hijo ausculta tu soleado pecho,
palpa tu resplandor, toca tus venas,
en tu rítmica hierba hace su lecho,
su pie desnudo esculpe tus arenas.
Alegre mide tu recinto estrecho
caliente de trigales y colmenas,
y el claro infante, con oscura ciencia,
vago laurel inclina a tu obediencia.

Sobre el corcel que tierno ollar dilata
y crespa nube al aire duro ffa,
en diamantino trebolzar desata
elástico galope al alba frra.
Un silvestre clarín truena su plata
y el espolazo en el ijar porffa.
Secreta diana que a la sangre acude
y al guerrero recóndito sacude.

Ojos de recia stirpe matutina
a través de las águilas pulsados.

En las vertientes de la luz marina
y en primavera mineral cuajados.
Sobre la vaga tierra columbina
en sigiloso cielo disparados,
miran y ven, de sangre y pensamientos,
nuestra flor, nuestra espiga, nuestro viento.

Sobre la crespa sierra el potro duro
el embridado cuello al sol arquea.
La peña enciende con el casco puro
y entre zarzales vírgenes flamea.
Reto de espuma, por el flanco oscuro,
luce su flor la montaraz marea
que azuza y doma, en íntimo entrevero,
la diestra del pausado caballero.

La bestia amarga en la humildad emboza
su erizado vigor, el joven fuego
que la cándida entraña le alborozza
y desmandado en el riesgoso juego,
ya por las lindes de su piel retoza
en lidia rosa y en secreto riego,
cuando el fresco rumor de una pradera
comenta en verde trueno la carrera.

Sumando valles, arrugadas crestas,
finos alcores rubios de flechilla,
abras de seda y espinosas cuestas,
el arriscado ¡no! de una cuchilla,
y el hurraño ademán de las florestas
que al escondido campeador se humilla,

la Patria adulta en su sonrisa asoma,
encerrada en un vuelo de paloma.

Sufre el trébol de pálida garganta
la huella del bridón, sus remos de oro,
que en los seguros donde el agua canta
cristales izan en ardiente coro.
Y el galope que al sueño se adelanta
descubre y turba el íntimo tesoro
que en muelle brega la enmelada umbría
para las ciervas amorosas crías.

Allí donde la nutria se pasea
en lustroso vaivés de bronce vivo;
donde en turbio juncal la garza albea,
y el aire enciende al puma sensitivo
con la noticia que en su voz alea,
allí la sombra del jinete altivo
hierva de aromas entre el agua pura
y el florido olear de la espesura.

Donde un gozo frutal de lechiguana
dora la sierra y encabrita al viento.
Donde en arbóreos tremolares mana
la verde fuente de trinado aliento
que sobre el rizo de la grey emana
chisporrotea su gemado cuento,
y ojos de aguda lumbre y miel serena
en el guazuvirá, remota, estrena.

Donde instrumenta su caudal la brisa
en los copihues y las pasifloras,
donde su queja celestial se irisa
rozando helechos, esculpiendo moras,
y a la sutil orquestación sumisa
silbos, destila en lágrimas creadoras,
allí cultiva el Héroe su futuro,
 nombra a la Patria y permanece oscuro.

de Artigas

LA MUERTE

Sol amargo, agua amarga, amargo viento
y amarga sangre para siempre amarga.
Vencido y solo en carne y pensamiento,
y el sueño antiguo por tesoro y carga.
Quiso callado y solo y sin lamento
sorbo a sorbo agotar su fuente larga.
Miserable señor de su destino,
de espaldas a la aurora abrió el camino.

De espaldas a su Oriente y a su gloria,
y hueso adentro una centella vaga,
mordió el seco laurel de su victoria
y nunca fue curado de su llaga.
Terco aguijón de luto su memoria,
en toda miel ejercitó su plaga.
Y entre las brumas del silencio agrario
fue una lenta sonrisa su calvario.

Pero entre sus espigas y sus flores,
cuando la muerte le entreabrió las puertas
el guerrero de blancos resplandores
dianas oyó por las borradas huertas.
¡Mi caballo!, gritó: y en los alcores
resonaron angélicos alertas.
¡Mi caballo! Montó el corcel sombrío,
y tendió su galope sobre el frío.

de Artigas

NO PUEDO

No puedo cerrar mis puertas
ni clausurar mis ventanas:
he de salir al camino
donde el mundo gira y clama,
he de salir al camino
a ver la muerte que pasa.

He de salir a mirar
cómo crece y se derrama
sobre el planeta encogido
la desatinada raza
que quiebra su fuente y luego
llora la ausencia del agua.

He de salir a esperar
el turbión de las palabras
que sobre la tierra cruza
y en flor los cantos arrasa,
he de salir a escuchar
el fuego entre nieve y zarza.

No puedo cerrar las puertas
ni clausurar las ventanas,
el laúd en las rodillas
y de esfinges rodeada,
puliendo azules respuestas
a sus preguntas en llamas.

Mucha sangre está corriendo
de las heridas cerradas,
mucha sangre está corriendo
por el ayer y el mañana,
y un gran ruido de torrente
viene a golpear en el alba.

Salgo al camino y escucho,
salgo a ver la luz turbada;
un cruel resuello de ahogado
sobre las bocas estalla,
y contra el cielo impasible
se pierde en nubes de escarcha.

Ni en el fondo de la noche
se detiene la ola amarga,
llena de niños que suben
con la sonrisa cortada,
ni en el fondo de la noche
queda una paloma en calma.

No puedo cerrar mis puertas
ni clausurar mis ventanas.
A mi diestra mano el sueño
mueve una iracunda espada
y echa rodando a mis pies
una rosa mutilada.

Tengo los brazos caídos
convicta de sombra y nada;
un olvidado perfume

muerde mis manos extrañas,
pero no puedo cerrar
las puertas y las ventanas,
y he de salir al camino
a ver la muerte que pasa.

de Las Estaciones

PLEGARIA

Si tú estás allí, en lo oscuro,
señor sin rostro y sin pausa;
si tú eres toda la causa
y yo tu espejo inseguro.
Si soy tu sueño, y apuro
sombras de tu sueño andando,
pronuncia un decreto blando:
líbrame de no pensar,
y echa mi polvo a vagar
eternamente pensando.

de Las Estaciones

HOY

Yo no sé cuándo nací
ni cuándo me moriré;
no he sabido ni sabré
del límite allá o aquí.
Rodeándome siempre, vi
la abierta noche, azorada,
y mi razón desmandada
sólo a explicarme se atreve
como un paréntesis breve
entre la nada y la nada.

de Las Estaciones

¿?

Dejóme Dios ver su cara
cuando entre paloma y flor
sobre aquel cielo mayor
brotó una blanca almenara;
dejóme Dios ver su cara?

Me miraba Dios acaso
cuando en la noche sin mella
dejaron lirio y centella
testimonio de mi paso;
me miraba Dios acaso?

El rostro de Dios veía
cuando en el desdén profundo,
tenaz ausente del mundo
por mi propia sangre huía,
el rostro de Dios veía?

Me contempla Dios, me ve
ir de la ceniza al fuego
en un iracundo juego
la muerte quitándome;
me contempla Dios, me ve?

O yo me estoy descubriendo
los ojos con que algún día
veré lo que no sabía
que en sueños estaba haciendo?

de Las Estaciones

LA PAGINA VACIA

A Stéphane Mallarmé

Cómo atrever esta impura
cerrazón de sangre y fuego,
esta urgencia de astro ciego
contra tu feroz blancura.
Ausencia de la criatura
que su nacimiento espera,
de tu nieve prisionera
y de mis venas deudora,
en el revés de la aurora
y el no de la primavera.

de Las Estaciones

NADA

Cerrado estaba el jardín,
y dentro una rosa abierta.
Cerrado estaba el jardín,
sellada la puerta.

Toda la luz de la rosa,
gozo encumbrado del fuego.
Toda la luz de la rosa
y el ámbito ciego.

Fuera andaban las abejas;
zumbaba un viento de oro.
Fuera andaban las abejas
en limpio coro.

Dentro, en el jardín cerrado,
qué muerte tan muerte aquélla.
Dentro, en el jardín cerrado,
ni flor, ni polvo, ni huella.

de Las Estaciones

XIV

En custodio panal de la agonía
trocada fuiste, galardón de abejas.
Y en el terreno paraíso espejas
la flor que abrasa en el cristal que enfría.

Tu sangre en Dios confusa, en Dios ardía,
y en Dios buscaba sus raíces viejas.
Eras el instrumento de sus quejas
que a la desnuda miel se convertía.

Del canto a la plegaria consumiste
mujer y arcángel en melado fuego
y de gemela muerte renaciste.

Orar te oyó cantando el mundo ciego.
Y Dios, en la poesía que sufriste,
y en éxtasis caudal, bebió tu ruego.

*(Tránsito de Sor Juana Inés)
de Las Estaciones.*

IX

Te escucho andar, paloma de las nieves,
que el rubor de los iris apacientas.
Nácar que el ñublo de un suspiro ostentas,
a la intemperie del amor te atreves.

Tú, que los sismos de la miel promueves
en la mística rosa que frecuentes,
que en la troje del rayo te alimentas
y que en el sueño de diamante bebes,

descubres ¡ay! el tenebroso huerto,
la cruel espiga que tu sangre apura,
la fuente que te absorbe en tu desierto,

la sombra que en su vena te inaugura
y el llanto, el llanto y el espejo muerto
que no supo mirarse en tu blancura.

*(Tránsito de Sor Juana Inés)
de Las Estaciones.*

VII

A Dios respira con amor violento
y en el duro ejercicio resplandece,
porque la brasa original crece
su cuerpo vivo en ofertorio lento.

¡Cómo abreviar el tránsito opulento
que en la proeza celestial florece,
por gozar la sonrisa que padece
plural eclipse en el divino invento!

Sopla del monte, sopla del majuelo
de la garganta que su sal gorjea,
del guijarro, del pan, del asfodelo.

Sopla el salmo sutil que a Dios corea,
y ella, paloma entre jardín y cielo,
suspendida y sin lágrimas alea.

*(Tránsito de Sor Juana Inés)
de Las Estaciones.*

ATALAYA

Sobre este muro frío me han dejado
con la sombra ceñida a la garganta
donde oprime sus brotes de tormenta
un canto vivo hasta quebrarse en ascuas.
Yo aquí mientras el sueño los despoja
y en sueños comen su mentida baya
para erguirse en las venas de la aurora
pábulo gris de su sonrisa vana;
yo aquí mientras los sabios inocentes
y los tranquilos de crujiente casa
durmiendo abajo, y aprendiendo el frío
de sus angostos mármoles descansan;
yo aquí volteado por el viento negro
que el olor de la noche desampara,
los cabellos fundidos en raíces
que van abriendo turbulentas lamas;
yo solo entre planetas condenados
que en busca de sus huesos se desmandan
-la edad del mundo en esta pobre sangre
que entre las quiebras de su historia clama-
yo aquí turbado por la paz bravía
que con sagaces témpanos me aplaca,
sintiendo entre las médulas ausentes
el duro frenesí de las espadas;
yo aquí velando, los desiertos ojos
quemados por el soplo de la nada,
las negras aves y los negros campos
vacíos de sus oros y sus lacras.
Yo aquí temblando en la vigilia ciega

rodeado por un sueño de cien alas,
vestido por mi llanto me arrodillo
mientras vuela mi sangre en nieve airada.

Sobre este muro frío me recobran.
Oigo el rumor de los medidos pasos.
Canta la noche en fuga por mi muerte,
y el alba sale de mi rostro blanco.

de La Batalla

APOTEOSIS

La túnica del fuego se levanta
como si el puño blanco del infierno
la hendiese cielo arriba, y se repliega
en torneada tromba, erecta palma
de donde cae en gotas el desierto.

Largas arenas y cenizas caen,
cenizas de oro caen, llanto duro.
Como un león en fuga por sus llamas
cae la sed; la ráfaga del yermo
se despeña cuajada por la muerte,
del erizado borde en las alturas
contra el negro remoto, un pozo frío
a donde asoman rostros iracundos,
y entre los burbujeos de la sombra
plumas quemadas en celeste clave,
rescoldos de salterios y de flautas.
Yo cintura del sismo, luzco indemne
mi corona de espuma y adelanto
bajo un escudo de apuradas nieblas
el pecho más buscado de las llamas.
Oh, hueco, ausencia de raíz y espacio,
hueco del hueco, rabia de la nada,
sordera de la forma, yerta huida
de flor llorada en un no ser sin tregua.
Cae mi sangre, por fin, en las fastuosas
purpúreas ramas donde muere el viento
y desenvuelven su llagado brío
las dalias ciegas que la noche entonan.

Caigo sin fin, asido a un dulce duelo
como el tránsito agudo de la rosa,
y bajo mis rodillas abolidas
estallan los oasis, y los labios
corean mi retorno; los oídos
abiertos en mitad de una pradera
labrada en oro musical, escuchan:
-las flores suben sin temor- escuchan
un solo son, y para siempre escuchan.

de La Batalla

TRIUNFO DEL GUERRERO

Dios le ha visto frecuente en la batalla,
tan ligero el caudal de su alegría
que antes de ser corola se abre en nube,
y antes de nube en sueño se desliza.

Le ha visto andar en ráfagas de llanto,
la sangre a rastras en la sombra dura,
la boca llena de canciones muertas
que no alcanzaron a heredar la espuma.

Le ha visto abrir a hueso delirante
el bloque azul de la nocturna escarcha,
y el oleaje animal de las honduras
donde el silencio rompe las quijadas.

Le ha visto fiel y ciego de inocencia
donde el iris estalla clausurado
en un redondo vértido de flores,
detenido en un dédalo de rayos;

queriendo huir por un cristal continuo,
bramando de coléricas espinas,
disparado en las médulas del fuego
y muerto, al fin, de espléndidas heridas.

de La Batalla

ALERTA

El raposo, el raposo...
¡Alerta, centinelas!
El raposo da saltos amarillos
alrededor de la celeste huerta.
Proteged esas rosas
que en abrasado cónclave decretan
el color de la aurora,
guardad las flores, enterrad las perlas,
esconded las palomas,
que el fúnebre raposo hace chasquear su lengua.
Ni razas del rocío
ni estirpes de libélulas.
Clausurad los perfumes,
cubrid los manantiales y las gemas;
corren peligro todas
las criaturas bellas.
El raposo, el raposo...
¡Alerta, centinelas!
Tras él vendrán, tras el hediondo rastro
vendrán los otros con picantes lenguas,
con malas uñas, con oblicuas hambres,
a sitiar la encumbrada ciudadela.
Pulid vuestros venablos,
encended las hogueras,
la transparente espada
rigor del cielo en vuestra mano sea.
Ya vienen; garra, hocico,
torcidos ojos en la salada brega;
cruzan brincando entre tinieblas verdes,

entre sucios relámpagos jadean.
Acida sajadura
viene haciendo en la noche su marea.
Desde los blancos muros
que el sitio amado de los dioses cierran,
dejad caer la muerte sin usura,
honrad a la amapola y a la abeja.
Los raposos, ya vienen los raposos...
¡Alerta, centinelas!

de La Batalla

CLAMOR GUERRERO

Que me quiten esta armadura
lejana flor, pobre corteza,
polvo del fuego sojuzgado,
lama que el infierno alimenta,
que me quiten esta armadura
fina piltrafa de la guerra.

Que me arranquen esta coraza
donde un borrado bosque suena,
y con garganta sibilina
a mi triste furor se pega.
Auxilio, dioses, si podéis,
reconocedme en esta niebla.

Tanto tiempo duró el combate,
tanta fatiga me flagela
con un turbión de ajados rayos
que ya no quiero el alba nueva.
Quitadme al punto piel y sangre,
romped los huesos que me encierran,
que mi desnudo brille frío,
y se acrecienten las arenas.

de La Batalla

VISION II

El aire entristecido de una lejana muerte de palomas
soplaba un lento pifano de nieve.
Yo era un árbol de antenas
entre torres cerradas,
y los pálidos trenos de la noche
apagaban espumas en mi oído.
Yo estaba solo entre las torres frías
y la hoguera del mundo me zumbaba en los huesos.
Era una honda cisterna,
un sumergido estuario,
y el mundo se arrojaba en mis entrañas
por un millón de solapados ríos.

Apareció de pronto, como fuente
que escupe en el silencio sus helados lingotes,
palmera de las lágrimas,
huso gris de la lluvia,
espejo inapelable que doblaba mi rostro,
mis cabellos, mis manos,
y mi respiro de animal celeste
casi a medio morir, precipitado
en un pozo de sangre.

Levántate, me dijo, no te resistas, oye:
la llaga viva cantará en tu lengua,
aguijones de sal en tu garganta
duplicarán el musgo del infierno,
y has de parir palabras de martirio
y has de quebrar las lámparas sombrías

que entre tus pies de arena alza la muerte.
Me levanté y atravesé temblando
una verde espesura de centellas;
y oculta en el nocturno de mi sangre
una sonrisa de linajes crueles
me desgarró como pausada rosa
que hace estallar un tímpano al abrirse.

Tendí mis manos para asir las manos
del ya indeciso, mudo compañero.
Y entonces vino a mí como fantasma
que retorna a su cuerpo abandonado:
vi mi aliento en su boca sumergirse,
entró en mí como espectro y fui su carne,
y ya fui solo, para siempre solo.

Miré y estaba solo: la fragancia
de los lirios del campo en mis cabellos,
el corazón, pequeña flor del rayo,
lucíemaga del tierno paraíso,
a través de mi piel resplandecía.
Estaba solo, sin mi amargo espejo,
borrado en mí como la luz la llama,
sin el ordenador de verbo oscuro
que me cortó los cingulos del polvo.

La muerte hufa entre alamedas grises
con sus negras farolas
y el huracán plegado
como una mariposa entre los dedos.

de Apocalipsis XX

VISION IV

La luz era rosada,
venía de un tranquilo firmamento
donde colgaban astros
como cuelgan los frutos del otoño.

Dos altares humeaban:
dos hombre se inclinaban ante el fuego sagrado
en que se derrumbaron las gavillas
y los blancos lechales.

Dos altares ardían: en uno las mazorcas
se volvieron de pronto amoratadas
y el fuego alzó su lívida columna
parecida al pavor de una palmera.

El aire se llenó de alas marchitas
que empañaron los hombros de la aurora
y entre las brasas lúgubres cayeron
como pájaros muertos las plegarias.

El otros altar bullía con un dulce
chisporroteo, y una nube esbelta
se alzaba, pedestal de la alegría,
oráculo de espumas en el viento.

Una oblicua mirada
se disparó como incendiado puente,
y por él la palabra sumergida
hizo chasquear su cauda de agujones;

Se lanzó con sus lazos, con sus redes
de fraterno rumor enmascarados,
y el polvo, seca fuente de los días,
bebió la amarga sangre que no calla.

La muerte apenas emplumada abría
como un pichón el desmañado pío
en su nidal de hierba y de frescura,
cuando el jardín tembló por vez primera.

La muerte se esponjaba
todavía en su vuelo enmadejado;
con tierno pico aún cortaba flores
bajo entreabiertas lágrimas caídas.

La muerte estaba en su jardín tranquilo,
tan joven hambre, tan desnuda historia,
y repentinamente
fue un costroso dragón de cien quijadas,
y repentinamente
su paso hizo crujir la oscura tierra.

de Apocalipsis XX

VISION VII

Un rey alza llorando su corona
manchada con el polvo de la guerra,
y a la orilla del agua busca un sitio en el cielo,
busca el último umbral de la plegaria.
Las rodillas desnudas
se clavan en la arena; el rey se encoge
como un duro sarmiento del verano,
y al ruido de la mar rompe en espumas
la salada oración entre sus venas.
Lejos arde el palacio en la más alta
cresta de la ciudad; los densos muros
erizan crepitantes musgos de oro,
y el vaho de un zumbido de panales
riza las barbas del gran sol que ríe.
Los serenos ejércitos reclinan
lujosas llagas y sudor secreto
por los muelles rincones de la fiesta.
Los ojos de los dioses
tras el humoso altar la piedra enfrían;
y las mujeres al mover sus manos
entre las rosas que los aires queiebran,
desatan el arroyo de la sangre
que duerme en las arrugas del desierto.
Por las vastas colinas
late el gusano en abrasadas cuencas,
y los ojos descenden ante el pudor del cielo
a pudrirse en honduras,
de donde nunca se alzaré una hierba
que se lleve en el pico una paloma.

El rey sabe que el sol caerá en su trono.
y ha vuelto las espadas a las torres;
ha bajado a la arena,
se ha quitado la pálida corona
y se ha muerto llorando de rodillas.

de Apocalipsis XX

VISION XV

Electra, entre alaridos, come un gajo del iris
sentada en la espiral del torbellino:
mastica las espinas del índigo irritado,
la flor de amarillo mancha su boca airada,
las bayas encendidas del azul saborea,
la piel del rosa engulle, sorbe el licor del verde.
Se eriza su violenta
lívida cabellera de medusa,
zarzal de la ponzoña
coronando de lenguas bifurcadas;
sus ácidos relámpagos
de vidrio encrespa alrededor del rostro,
lo cubre, lo enmaraña el remolino
que en los gemados huesos huronea.
Pero los ojos ¡ay!, los duros ojos
cortados en la almendra de la ira,
rayos de hirsuta fuente,
traspasan la convulsa enredadera
y cuajan la inocente, abierta sangre
en blancos monólitos del olvido,
en escrituras de la nieve, en vuelos
de paloma en su luz cristalizada,
en árboles de leche, en pan de mármol,
en témpanos de trigo sin orillas,
en lámparas de sal, riscos de abejas
caídas en los páramos del alba.

Vestida de luciérnagas feroces
Electra salta de su torre en olas,

rompe el meollo gris de la tormenta
y esparce el río de la quemadura
en el ríspido anillo de su danza
que estrangula los tuétanos del cielo.
La llama esponja su heredad crujiente
donde una primavera desbocada
se ahoga en el furor de la vendimia
que los luctuosos átomos devoran.
La muerte se acurruca
en su espectro de fuego solapado
bajo el temblor de la desierta aurora,
y nunca, nunca, nunca más las flores.

de Apocalipsis XX

APOSTROFE II

No lo toques: él labra su viña.
Déjalo en paz: él sabe urdir el trigo.
Vuélvete: él conduce los ganados.
Retírate: él gobierna en las entrañas
de su madre la tierra, un imperio.
Aparta: el mar le ha ofrecido cantando
las llaves del trueno y de la espuma.
Cállate: él usa un habla de panales
y sabe más del sol que de los cardos.
¿Quién eres tú que llegas para hacerle
odiosos el racimo y la espiga,
los árboles, los peces, los corderos,
los minerales, la miel, las alas?
¿Quién eres tú, cerebro encapuchado,
corazón de átomos feroces,
quién eres tú con un fusil al hombro
y en las manos la espesa cadena?
No vengas a romperle las carótidas,
murciélago de diente electrónico
para atiborrar tú teórico vientre
sobre la frágil silla del déspota
y eructar la palabra libertad
hasta morir ahíto de sangre,
hasta morir de la inocencia airada
de su sangre revuelta en tus huesos.
No lo toques, no quiebres sus fronteras
o echa al mar tu cadena maldita,
arroja tus cañicos fusiles;
déjalo en paz o ciñe tus lomos

para alzar las mazorcas, los racimos,
para cambiarte en peces, en panes,
para ser torre de harina y de lana
para sudar el carbón, la perla,
para hundirte en la sal y en el estiércol
para cruzar su arena y su nieve,
para gozar su lámpara de musgo
para cortar la flor de su llanto
para sufrir su amor hasta borrarte
en los surcos que se lo devoran.
No te tragues su cuerpo irrepetible,
su irrepetible tiempo de polvo,
su modo irrepetible de encerrarse
en el ser pertinaz de la aurora.
Quita de ahí tu sabiondo fantasma
con hilos en los pies y en la lengua:
déjalo elegir a su dios sin prisa
y entra con él sonriendo en la muerte.

de Apocalipsis XX

APOSTROFE IV

Abrid los ojos turbios, restregaos
los ciegos ojos en la virgen brasa;
miraos en el fondo de los huesos,
sacad al aire médulas y llagas.
Asomaos a un trueno de balcones,
haced un sismo de atrios y plazas,
quitaos el pellejo de las torres
izad la lengua en crepitantes llamas
y abrasad las colinas y las sierras
gritando basta, basta, basta, basta!
Abandonemos a la muerte, es hora
de arrojar su librea amoratada.
Dejémosla que invente sus senderos
no volvamos la tierra de su arada;
que riegue sola el surco tenebroso,
que sola ampara su semilla amarga;
no empuñemos el rayo de sus hoces,
no aderecemos su manjar sin pausa.
No más esclavos de podrida sangre
con sus negras bandejas en las palmas:
Dios conduzca sus pasos y sus sueños,
limite Dios sus trojes y sus viandas.

de Apocalipsis XX

CASTIGOS III

Aquí están en la última ribera
donde el sueño de Dios se desvanece
en su blanca espiral de frío y sombra.
Aquí están en la ráfaga, disueltos.
Perdieron para siempre
los dulces cuerpos, sus resurrecciones
de maíz o de nardo, de crótalo o de hormiga.
Perdidos son, perdidos
en una eterna, vibradora cárcel
obediente al unánime secreto,
dura matriz cerrada para siempre:
comedora de hijos.
Aquí están castigados con la ausencia
del antiguo dolor de carne y hueso.
Aquí están, en la orilla, anonadados,
en la última orilla
donde el oleaje negro se levanta;
sin boca entre los átomos nocturnos,
y para qué el insomne pensamiento.
Detrás brilla la inmensa pradera giratoria
las formas centelleantes
en que el divino sueño se recrea;
las formas vivas que se derrumbaron
en la muerte sin pausa.
Aquí están, desterrados, los que andaban
en frenéticos trajes noche y día,
con premura espacial, con hambre estéril,
hortelanos inútiles,
pegados a las cáscaras del cosmos

sólo a las secas cáscaras del fruto,
sin sed para una gota de su entraña.
¿Cómo llorar sin ojos el borrado
rostro del mundo, cómo?
Y para qué el insomne pensamiento.

Sobre el desnudo mar chisporrotea
un gran rumor de oro.
Sin oídos lo oirán, ya sin oídos,
en la muerte sin pausa:
es la risa divina,
“la inextinguible risa de los dioses”

de Apocalipsis XX

CASTIGOS IV

Salen lobos armados de cólera y mandíbula,
lentamente se arrancan de las sulfúreas cuevas;
bocas moradas por la codicia,
dientes crecidos en larga luz hambrienta.

Los señalados quiebran el sitio de la nieve
que alrededor de su ardiente desnudo
marchita sin cesar un llanto estéril
derrumbado en espinas de mercurio.
Como orugas que rompen la costra planetaria
surgen de un fuego sacro
a la vida y a la muerte mutiladas
de un anillo animal y sin descanso.
Los lobos trazan la velluda curva
de un salto, cogen las firmes gargantas,
y la sangre, de eléctricas espumas
surte al revés, en lluvia ajusticiada.
Se crispa la frontera de los cuerpos
convulsa, a punto de extinguir su sombra,
cuando regresa con furor cetrero,
multiplicado halcón, la lluvia sorda.
Uñas y picos, dardos
batidos en los yunques del poniente,
se lanzan en su nube soslayados
y acribillan las pieles,
hurgan el laberinto de los huesos
sorteando en cada herida
los riscos de la muerte, y el destello
burlón de su recóndita sonrisa.

Un viento repentino
de pradera polar hecha sus flores
sobre el temblor violeta del castigo,
y a su blanca prisión vuelven los hombres.

Allí están, esperando,
lobos al borde hediondo de sus cuevas.
Y éste es el punto exacto
en que el crujir de dientes recomienza.

de Apocalipsis XX

VISION XX

En su trono de estiércol
un rey está sentado:
el agrio bordoneo de las moscas
le ciñe la cabeza en negro rayo.

Sobre el trono de estiércol
crece una hirsuta sombra de payaso,
y un torrente feroz de cascabeles
aplasta los jardines y los campos.

Verde veneno salta
de los hinchados labios
y un aliento de pólvora sumerge
las olorosas crestas del verano.

Pigmeos diligentes
tañen melosas cítaras de estaño.
La sucia historia encuentra
su sonoro sepulcro cortesano.

Lejos, en las llanuras
sube un trigo de sangre, encadenado,
y el cielo mira la curvada espalda
sobre el pozo del llanto.

Lejos, en las ciudades,
sonríen muertos ante el pan llagado.
Los muertos comen, aman;
el pudridero alza un hedor lozano.
de Apocalipsis XX

PROLOGO

Este libro que es diario de la muerte
es diario de la vida en que se mide
con polvo de alas y con sangre en vuelo
la linde sin razón que las divide.

Temblorosa escritura en que se pierde
la mano viva que muriendo escribe
cosas del vivo andar entre los muertos,
cosas del muerto ser en lo que vive.

de Canto Póstumo

UN DIA MAS...

Un día más, un rayo
que se bebe otra gota de mi sangre.
Un pio más en la ventana, un vuelo
que entre mis ojos y la muerte caba.
Un soplo más que entre las hojas grises
me empuja con secreto distraído.
Un día más, sin hambre,
sin sed, sin cielo, sin furor, vacío.

de Canto Póstumo

¿PUEDO, VERDAD?

Puedo llorar ¿verdad? hasta quedarme
como una fuente seca,
como un árbol de sal resquebrajado,
lleno de agudas larvas de centellas.

Puedo perderme, ahogarme
en la negra espiral de los gemidos.
Puedo ¿verdad? borrarne la garganta
y no ser más que niebla de mi grito.

Puedo morir, morirme cuando quiera,
¿verdad?, pero si sólo me detengo,
si pregunto: ¿Por qué, por qué este llanto?
¿Por qué esta muerte sin respiro velo?,

ni un soplo me responde, ni una hoja
del cielo o de la tierra tiembla y cae
sobre este polvo de rodilla herida
para darme una seña de mi padre.

de Canto Póstumo

EL MUNDO EN TORNO

Tanta tiniebla, tanta.
De repente el sol muerto,
y sus crueles escorias
cuajando entre mis pies jardines negros.

Tanta sombra rampante,
dislocada, caída,
pájaros ciegos, musgos, larvas, hojas,
llevándose en el aire mis mejillas.

Compacto mundo, espeso
corazón de la llaga.
¡Ah muerte voladora, todo huele
como un bosque podrido en mis palabras!

de Canto Póstumo

HOY

Hoy que todo está vivo
como un sol que madruga
y el viento es mar de cantos
y el mar no tiene arrugas;
fresco rumor de abejas
el verano rezuma,
y una sangre con alas
por la alta luz circula.
Hoy que todo comienza
para no acabar nunca,
y un latido compacto
cielos y tierra junta;
entre tantos espejos
como Dios me asegura,
sólo una imagen negra,
sólo una imagen muda,
con ojos en que toda
la muerte se vislumbra;
sólo mis ojos andan
lejanos, en la bruma,
cargados con su muerte
como bayas maduras.

de Canto Póstumo

MUERTOS

Arboles muertos, rocas muertas
y pensamientos destruídos,
cosas a medio andar su ruta
entre podredumbre y olvido;
a veces un hálito tierno,
una ráfaga de tomillo;
a veces labios sin tiniebla
que orillan rumores divinos;
a veces un rayo que cruza
los huesos de Dios y los míos;
instantes que rompen en nieve,
promesas de flor y alarido;
y muertos y muertos y muertos
danzando en el polvo con brío,
cifiendo con alas marchitas
mi ronco y dorado martirio;
y muertos que miran temblando
con ojos de miel y frío,
construyen extrañas florestas
y labran praderas de armifio.
No se fueron, jamás se fueron.
Yo prolongo su estar hundido:
por un túnel de tersas llamas
viene su oído a mis oídos,
viaja en espina por mi carne
la desnudez de su latido;
a veces con mano de greda
toco los pñanos del vino,
del fondo del mar se levanta

HOY

Hoy que todo está vivo
como un sol que maduga
y el viento es mar de cantos
y el mar no tiene arrugas;
fresco rumor de abejas
el verano rezuma,
y una sangre con alas
por la alta luz circula.
Hoy que todo comienza
para no acabar nunca,
y un latido compacto
cielos y tierra junta;
entre tantos espejos
como Dios me asegura,
sólo una imagen negra,
sólo una imagen muda,
con ojos en que toda
la muerte se vislumbra;
sólo mis ojos andan
lejanos, en la bruma,
cargados con su muerte
como bayas maduras.

de Canto Póstumo

MUERTOS

Arboles muertos, rocas muertas
y pensamientos destruidos,
cosas a medio andar su ruta
entre podredumbre y olvido;
a veces un hálito tierno,
una ráfaga de tomillo;
a veces labios sin tiniebla
que orillan rumores divinos;
a veces un rayo que cruza
los huesos de Dios y los míos;
instantes que rompen en nieve,
promesas de flor y alarido;
y muertos y muertos y muertos
danzando en el polvo con brío,
cifrando con alas marchitas
mi ronco y dorado martirio;
y muertos que miran temblando
con ojos de miel y frío,
construyen extrañas florestas
y labran praderas de armíño.
No se fueron, jamás se fueron.
Yo prolongo su estar hundido:
por un túnel de tersas llamas
viene su oído a mis oídos,
viaja en espina por mi carne
la desnudez de su latido;
a veces con mano de greda
toco los pffanos del vino,
del fondo del mar se levanta

su ceniza con mi respiro;
y rozo el dédalo del fruto
con un tacto desconocido.
No se fueron, jamás se fueron.
Me emparedan con cuarzo y libro,
me sofocan con muselinas
y con cabellos amarillos;
rocas, árboles, pensamientos,
lágrimas, pétalos, vestidos;
la hora radiante, el tiempo absorto
que en su espiral intacta miro,
gira en mis antros como un cielo
en sus galaxias suspendido,
todo me vive en su ancha muerte
y en llaga lúcida lo vivo.

de Canto Póstumo

GUIJAS

La niña estaba allí sentada al borde blanco,
los pies sobre la arena, mirando hacia la hondura,
y el fragor de la aurora llenaba sus oídos.

Desde el fondo del agua subieron a sus ojos
las guijas en un vuelo de centellas moradas
y le estallaron frías en la raíz del llanto:

En el fondo del agua sonreía la muerte
sentada entre las piedras y los dorados limos,
la cabellera ardiendo de abejas sumergidas.

La muerte acariciaba las imperfectas formas:
a veces en su mano brillaba un guante de oro,
otras, un guante verde moteado de amatista.

de Canto Póstumo

IX

PARA LA MUERTE

Porque ella dijo una palabra sola,
un verbo virgen en que el rayo estalla
cautivo desde Dios, quebróse el cielo,
se hizo una noche de violeta y llanto,
pero antes en la ráfaga y el trueno
todo subió a su límite y fue puro
y maduro por fin para la muerte.

de Canto Póstumo

XI

TESTAMENTO

Lego esta fiebre conductora
de hojas azules, de alas negras,
este sapiente escalofrío
con que preludian las tormentas.

Lego esta fría aristocracia
de lloro agudo y escondido,
esta altivez de lobo y raso
para las artes del suplicio.

Lego mi pánico celeste
para que Dios medre en la sombra
y el frágil vuelo de los hombres
en su sonrisa amarga esconda.

Lego esta pálida sonrisa
que siento arder sobre mi cara
en raíz de sombra infinita,
en doble pétalo de escarcha.

Lego este bárbaro diamante
que en su centella me deshoja,
lego este tiempo de rocío
que alza mi lengua entre las rosas,
lego este sueño que mi sangre
sostuvo apenas unas horas.

de Canto Póstumo

BALADA DE LA EXTRAÑA FUENTE

I

La reina estaba dormida.
El rey estaba despierto.
Entre la reina y el rey
abrió la fuente en secreto.

Llenaba el rey copa de oro
y la reina la ofrecía.
Ella se inclinaba en sueños
al claro cristal sumisa.

Bebió el rey, bebió la reina,
él despierto, ella dormida.
Sobre amargos resplandores
el camino los unía.

II

El rey estaba despierto.
La reina estaba dormida.
Entre palomas y acacias
la fresca fuente bullía.

Llenó el rey su copa de oro
y a la reina la ofrecía.
La copa tocó los labios
y le quebró la sonrisa.

Bebió el rey, bebió la reina,
él despierto, ella dormida;

su rostro una flor del aire
donde la sangre se oía.

III

Juntos cruzaron arenas,
campos, montes, aguas, villas,
bebiendo la misma copa,
él despierto, ella dormida.

La flor olvidó su brillo.
Cayó la fruta sombría,
y el tiempo labró con nieve
las pulcras manos amigas.

Alza llorando la reina
su copa llena de frío.
La reina bebe despierta
pero el rey está dormido.

de Canto Póstumo

BALADA DE LAS SEÑORAS DE LAS NIEVES

Sentada en la roca fría
donde comienza la muerte,
olvido a su sombra pide
la Señora de las Nieves.

Un prado con lirios guarda
bajo los párpados leves
-y en él una flor perdida-
la Señora de las Nieves.

Y en la flor perdida el mundo
con sus torres y sus fuentes,
y en su soledad perdida,
la Señora de las Nieves.

Por su soledad andando
llegó a ser su propia ausente:
ya nada puede perder
la Señora de las Nieves.

Sentada en la roca fría
donde se acaba la muerte,
en su antigua flor despierta
la Señora de las Nieves.

Voces del nublado mundo
que una extraña flor sostiene,
sufre entre obstinadas flores
la Señora de las Nieves.

Y aquel encendido prado
que en la vaga sangre duerme
escucha entreabrirle el pecho
la Señora de las Nieves.

Memoria a su estatua pide
y en su blancura de pierde
-su rostro una flor intacta-
la Señora de las Nieves.

Por su soledad andando
llegó a ser su propia ausente.
Blanca en las blancas fronteras
la Señora de las Nieves.

de Canto Póstumo

SONETO A MARTI

Templado a trigo y lágrima creciste,
andante ruiseñor de fuego oscuro.
Trenzaste el huracán al trébol puro.
Tu sangre fue la espada que blandiste.

Entraña sin arrugas, mereciste
las estaciones del dolor maduro.
Un pueblo en cada llaga te hizo duro
y resplandor a resplandor venciste.

Isleño derramado en continente.
Genuina sal del cielo conmovido
rizaba tu garganta transparente.

Hombre, padre del hombre, hijo del hombre.
Arrodille su miel y su gemido
hasta ganarte, el labio que te nombre.

Junio 23 de 1943

de Canto Póstumo

EL POZO

Los muros son de sombra y pulsaciones,
los muros son de sangre clausurada,
los muros son de viento y flor de nube,
los muros son de hojas y de alas,
los muros son de llanto sin memoria,
los muros son de fuentes virginadas,
los muros son de espino y piedra verde,
los muros son de lunas y campanas,
los muros son de oro en crisantemos,
los muros son de ardor y espigas blancas,
los muros son de ensimismados rostros,
los muros son de flecha y madrugada,
los muros son de manos divididas,
muros de santos y órganos y flautas.

Son de sonrisas, de guitarras tensas,
son de floridas márgenes de río,
son de peces en humo desaguados,
son de altares y patios y racimos,
son de higueras y monjes musicantes,
son de majadas, cántico y membrillo,
son del duelo solar de la retama,
son de caballos en la brisa hundidos,
son de pastores y ángeles de leche,
son vértigo de pámpanos y anillos,
son dientes de la miel y del espliego,
son brotes del insomnio y del delirio,
son estaciones de galope lento,
fugas son de un infierno matutino.

Muros erectos de cristal burlado,
muros de ácida roca en la nevada,
muros de tierra y sangre, sombra y lumbre,
muros con recias lluvias como brasas,
muros mojados por el hielo antiguo,
muros crespos de hierba en la borrasca,
muros tenues, translúcidos, hufidos,
muros de quebradura en la mirada;
muros de manantiales en espera,
muros de sal y arrulladora escarcha,
muros del aire en flor y olor de olvido,
muros rizados por adelfas blancas,
muros tibios de pechos giratorios
de santos y de órganos y flautas.

De sueño desgarrado a toda herida,
de evaporados higos entre adioses,
de jacinto enlutado en ronca fuga,
de arrayanes en negras apoteosis,
de pájaros dormidos en su canto,
de incienso gris, de búfalos y alciones,
de sangre embanderada con jardines,
de cenicientos párpados insomnes,
de lagos y praderas sonreídos,
de ofídicas arenas y oraciones,
de aniquiladas máscaras de azúcar,
de corrompido memorial de voces,
de púrpura polar espeluznada,
y dardos y demonios entre flores.

de Canto Póstumo

SOLO LA VOZ

Atrás la tierra, el aire, el fuego, el agua.
Adiós vieja catástrofe del polvo,
juguete antiguo de los dioses, huye
del peje, la mandrágora y el oso;
niégate al ser de tus feroces nubes,
quita al cansado mundo tus amarras,
no peses en mi lengua ni en mis ojos.

Adiós el aire, tus airadas torres,
nupcial obrero de los prados, frágil
arquitecto de sombras y de vuelos;
deja al alisio en su anillada clave,
bórrate de oleajes y veleros:
no perturbes las plumas de la noche
y estanca los andares de mi aliento.

Atrás el fuego, burlador divino:
desiste de tus bélicos jardines,
deja el rayo, la sangre, las colmenas,
vacía los paraísos que ofreciste
de tu sinuosa fábula de gemas;
déjame ver sin ti, falaz amigo,
el perfecto color de las tinieblas.

Adiós el agua y tus floridos coros:
renuncia al mar, al vuelo de las fuentes,
sepárate del canto de las lluvias,
del mullido diamante de las nieves;
quiebra la sed redonda de las uvas,

desértame el rumor con que te nombro,
no estorbes ni en la muerte de las juncias.

Atrás la tierra, el agua, el fuego, el aire:
dejad que diga el pensamiento solo
la flor sin cuerpo de mi voz desnuda.

de Canto Póstumo

LA PALABRA

De pronto el viento que movía
las vestiduras y las alas
borra en un sueño de ala inmóvil
su rumorosa torre de alas.

Cada mujer y cada hombre
solo en su sola huella marcha,
y se ignoran secretamente
en el desnudo de la plaza.

Todos esperan, convocados
por un silencio de campanas;
todos esperan, sombra a sombra,
que por sus ojos hable el alba.

En cada gota de la sangre
preludia un mar de lenta escama,
y el peso antiguo de la nieve
las vigilantes lenguas cuaja.

Todos tiemblan y nada saben:
algo se triza, algo se alza.
Todos escuchan ateridos,
un rumor de médulas blancas.

¿Quién se detiene y es cruzado
por mil heridas destelladas?
¿Quién ha medido ya su muerte
sobre las losas de la plaza?

Bajo las piedras cristalinas
bellos demonios verdes braman,
y entre los árboles de humo
gemas agónicas estallan.

Las soledades se han quebrado:
se llena el aire de ventanas.
Rechinan dientes en lo oscuro.
La miel del llanto se dispara.

Corren venenos amarillos
por las venas de los fantasmas.
Fuentes suicidas se clausuran,
y desiertos su arena mascan.

Se arrodillan vivos y muertos
en sus túnicas solidarias,
porque hay uno, entre todos uno,
que fue mordido de la llama.

Los dulces pies del alcanzado
lumbre en la tierra azul derraman.
La ciudad hunde sus raíces
en la tersa furia del alba.

Hasta esa boca mensajera
sube una flor desesperada.
Todo el jardín de Dios se encoge
tironeado por las entrañas.

Porque hay uno, entre todos uno,
glorioso pasto de la llaga.
Rey sin ventura. El inocente:
el que ha traído la palabra.

de Canto Póstumo

BIBLIOGRAFIA DE SARA DE IBAÑEZ

- Canto*. Prólogo de Pablo Neruda. Edit. Losada. Buenos Aires. 1940.
Canto a Montevideo. Impresora uruguaya. Montevideo. 1941
Hora ciega. Edit. Losada. Buenos Aires. 1943.
Pastoral. Cuadernos Americanos. México. 1948.
Artigas. Impresora uruguaya. Montevideo. 1952.
Las estaciones y otros poemas. Fondo de Cultura Económica. México. 1957.
La batalla. Edit. Losada. Buenos Aires. 1967.
Apocalipsis XX. Edit. Monte Avila. Caracas. 1970.
Canto póstumo. Edit. Losada. Buenos Aires. 1973.
Antología. Edit. Siglo XXI. México. 1974.

Indice

Introducción	5
El Canto en la Poesía de Sara de Ibáñez	7
A propósito de la poesía de Sara de Ibáñez	19
Isla en la Tierra	25
Isla en la Luz	26
IV (de Canto)	27
V (de Canto)	28
Lira I	29
Lira III	31
Lira IV	33
Lira V	35
I (de Canto a Montevideo)	37
VII (de Canto a Montevideo)	41
Hora Ciega	42
Situación	47
Cafn I (El Mar)	49
Cafn III	51
Los Pálidos I	53
Los Pálidos VII	55
Pasión y Muerte de la Luz I	57
Pasión y Muerte de la Luz X	58
Tiempo III XI	59
Tiempo III II	60
V (de Pastoral)	61
XIII (de Pastoral)	62
El Guerrero Secreto	63

La Muerte	67
No Puedo	68
Plegaria	71
Hoy	72
?	73
La Página Vacía	74
Nada	75
XIV (Tránsito de Sor Juana Inés)	76
IX (Tránsito de Sor Juana Inés)	77
VII (Tránsito de Sor Juana Inés)	78
Atalaya	79
Apoteosis	81
Triunfo del Guerrero	83
Alerta	84
Clamor Guerrero	86
Visión II	87
Visión IV	89
Visión VII	91
Visión XV	93
Apostrofe II	95
Apostrofe IV	97
Castigos III	98
Castigos IV	100
Visión XX	102
Prólogo	103
Un día más... ..	104
Puedo, verdad?	105
El Mundo en torno	106
Hoy	107
Muertos	108
Guijas	110

IX Para la Muerte	111
XI Testamento	112
Balada de la Extraña Fuente	113
Balada de la Señora de las Nieves	115
Soneto a Martí	117
El Pozo	118
Solo la Voz	120
La Palabra	122

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos
de Editorial SIGNOS, Lucas Obes 934, Montevideo, R.O.U.,
en el mes de abril de 1991.

Edición amparada en el Art. 79 de la Ley 13.349.
D.L. 244.423